

ro. Acercóse, y dando traspiés, se plantó en mitad de la habitación. Iba á encaminarse rumbo á la cocina, cuando los ayes lastimeros que brotaban de la penumbra le detuvieron.

—¿Quién llora?

Avanzó con andar torpe de ebrio, é inclinándose, alzó hasta él la carita pálida.

—¿Eres tú? ¿Por qué lloras?—murmuró Alberto con voz estrepajosa; añadiendo, al ver que no obtenía respuesta:—¡Al demonio con las lágrimas! Ríe, emborráchate, como yo... ¡Ah! bendito el vino.... ¡Bendito sea!...

Y se alejó gruñendo, seguido del gemir incesante, doloroso, que tornaba melancólica aquella alba de septiembre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFO"

XII

Por la mañana, después de la aurora blanca de invierno, muy triste era el sonar de las campanas, que se dilataba en alas del venticillo helado, de un confín á otro de México. Primero, la melodía argentina de una dejábase escuchar desde muy lejos, suavizada por la distancia; á esta seguía el lamento débil de otra, que impregnaba de intensa melancolía el amanecer; luego, el tintineo juguetón que se escapaba como bandada de gorriones del vetusto campanario de San Juan de Dios, imprimía su nota alegre, jovial, que hacía resaltar más la llamada monótona, quejumbrosa, que la campana de San Felipe lanzaba desde la puntiaguda torre que recortaba su perfil escueto en el nebuloso cielo de noviembre.

¡Triste era, sí! Cuando Estéfana salía, muy temprano, á barrer la azotea, quedábase inmóvil al oírlas, con el rostro contraído por un gesto de dolor, como si añorase la existencia de mejores días. Con las enaguas raídas de color indefinible, el rebozo liado en torno de la cabeza y del busto, para escapar á la penetración del remusgo, alta, enjuta, con la escoba en la mano, prestaba atento oído al resonar pausado que llenaba el ambiente de una armonía muy dulce, muy tierna. . . .

Las campanas se respondían de una torre á otra torre, de un campanario á otro campanario, y su apacible son, prolongándose, extendiéndose en ola sonora, poblaba el aire de musicales ruidos, que iban á extinguirse en el despertar perezoso, soñoliento, de la ciudad.

Y no porque la alharaca que armaban fuese distinta de la de antaño, producían una sensación de tristeza; no. El ruido era el mismo: igual el tintineo infantil de la de San Juan de Dios; igual el lamento caricioso de la de San Felipe; idéntico el gorjeo metálico de todas. Lo que pasaba era que los días de hoy disonaban de los de ayer; y las cosas humanas parecen tristes ó alegres, según las épocas en que se observen. Ahora,

se veía ella allí, con sus espaldas encorvadas, sus pingajos pegados á las secas carnes, sola y pensativa. En el pasado, no ella, sino una jovencita querida, paseaba por aquellas alturas.

Creía mirarla aún, con los ricillos de oro cayéndola sobre la frente, el cutis sonrosado por el fresco matinal, sonreidores los labios: iba y venía, deleitándose con la charla de las campanas, envuelta en su chalecito azul, viejo y desleído por los años. Su andar era vivo, castamente cadencioso, revelador de una juventud de niñita enfermiza; revoloteaba con alegría desde la puerta de la salita hasta la entrada de la escalera; solazábase en poner en los clavos del muro las jaulas de los canarios que parloteaban con gorjeo melífluo, mirando el cielo terso con sus ojillos redondos. ¡Qué bello y qué bueno era contemplarla, tan dichosa, silbando á los pajarillos presos las canciones que repetía en las horas de labor; llamándoles como á niños: «Monín, eres muy tonto», «Precioso, es justo que aprendas; si no ¿qué dirá la gente de tí?»

Volvía ahora Estéfana la rugosa faz, y clavaba las pupilas en la pared blanca, gris á trechos, humedecida por las lluvias. No estaban ya las jaulas en su sitio; los clavos

destacaban sus negras cabezas, muy largos, como si reclamasen el peso de aquellas. Enmudecían los canarios en la penumbra del comedor, echando de menos las caricias del sol y de su dueña.

Y la maritornes seguía evocando adormecidos recuerdos:

Después de prodigar ternuras á los canarios, la moza se encariñaba con los rosales. Acercábase á las macetas, hundía la regadera en el cubo lleno de agua; inclinábala luego sobre las matas, y fina lluvia descendía sobre las hojas mustias, que temblaban y parecían resucitar á la vida de las plantas refrescadas, exhalando fragancias que purificaban el aire. ¡Ah! y cómo amaba ella á sus rosales, y qué empeño ponía en que ningún cuidado les faltase, con aquel geniecillo dulce que la movía á ver en las cosas más nimias personas de alma y carne á quienes era preciso querer.

Con la escoba en la mano, frunciendo el entrecejo, la cocinera absorbíase en el pasado, perdida la mirada en los rosales, que ahora aparecían marchitos. Ya no estaba junto á ellos la mano adorable que les daba vida, la muchacha que les asociara á sus penas y regocijos; y si volviese, si animada de la

salud que hace borbotear la sangre en las venas, buscara una rosa para deshojarla sobre el patio, no la encontraría. La última había languidecido en los comienzos del otoño.

En los relojes públicos sonaban las siete; el cielo, vetado de blanco, adquiría un tinte sonrosado; los rayos del sol, rasgando la neblina vaporosa, fulguraban en el espacio, quebrábanse en las cúpulas, matizaban los ramajes secos de las copas de los árboles cercanos. Bandas de pájaros, avanzando en el cielo como manchas de tinta, se deslizaban con vuelo lento, desvaneciéndose tras de las altas techumbres. En el patio daba principio el trafagueo, con el ruido de las cubas al chocar con el agua de la fuente, y las risas de las domésticas que repercutían en el alma de Estéfana con eco doloroso.—La vieja sirvienta doblegaba las huesosas espaldas, y suavemente hacía correr la escoba sobre el suelo, amontonando la basura en los rincones, recogíendola después en trozos de hojalata, yendo y viniendo de la casa al exterior, luego de cerciorarse de que nada comovía el silencio que reinaba dentro. De buena gana hubiera deseado un completo mutismo, una calma profunda, imperturbable.

¡Estaba Antoñita tan mala! Por eso la vieja sentía rabia al escuchar la alegría del patio impregnado de frío, las reyertas de las criadas, el chirrido de las puertas que se abrían, los canturreos de las mujeres que lavaban las sucias ropas en el lavadero. Cuando el ruido se tornaba más fuerte que de ordinario, acodábase en el pretil, furiosa, agitando la escoba, cual si intentase pegar á las mujeronas de abajo. No entraba en su magín el que la gente fuese de tal modo inconsiderada y grosera. ¿Ignoraban, por ventura, que la señorita yacía enferma? Bien que lo sabían. ¡El escándalo no había sido para menos!

Todavía recordaba los hechos, como si hubiesen acaecido ayer. ¡Ah! qué día tan horrible aquel 16 de Septiembre. Teníalo presente como uno de los más negros de su vida: primero, el despertar, que semejaba la continuación de dolorosa pesadilla.—Soñaba en algo que su mente no podía precisar ahora, pero que sin duda había sido triste, porque aquella mañana abrió los ojos con sobresalto, creyendo percibir un gemido latimero, prolongado, que partía el alma. Restregóse los párpados, deseosa de volver á la realidad, conmovida aún por las cosas que vislumbrara en la inconsciencia del sueño,

riendo al cabo de lo que ella solía llamar *necedades de los viejos*. La luz clara y riente penetraba por los resquicios del ventanuco, esparciendo un resplandor suave sobre el fogón donde blanqueaban las brasas apagadas; los trastos, alineados en la alacena, reflejaban los rayos luminosos sobre sus fondos ennegrecidos por el hollín. Bonifacio, el gato blanco, tendido á su lado, alzaba á veces una de las patitas, lamiendo el sedoso pelo, como si estuviese abito de dormir.

¡Virgen María! Imposible parecíala negar que los años la hacían mella; aquel cuerpo enteco, apergaminado, se doblaba ya al peso de sus sesenta y pico de primaveras. Señor, ¿no era vergonzoso que una criada roncase á pierna suelta hasta bien entrado el día, como si fuese ama digna de todos los mimos habidos y por haber? Las siete serían por filo, y ella, tan comodona y holgazana, aún tenía valor para quedarse en el duro petate, bajo las ropas tibias, desperpezándose y abriendo tal boca que era una bendición de Dios. Punzábala semejante pensamiento, y de grado se hubiera puesto en pie, á no ser por el sopor invencible que la invadía, á consecuencia quizás de la desvelada, y por la amargura que experimentaba á causa de la

pesadilla de momentos antes, aquel aullido que durante la noche la obligase á dar vueltas y revueltas en el lecho, presa de la angustia.

Las luminosas rachas proseguían infiltrando en el recinto su claridad cegadora de pupilas; la felina bestezuela continuaba en su tarea de limpiar de malos bichos su nivea piel. Se convenció más aún de que era tarde, y enviando á paseo sus naturales achaques, disponíase ya á vestir los remendados harapos, cuando se estremeció, quedando inmóvil. Hasta sus oídos llegaba no el doliente gemido que la martirizara en sueños, sino un lamento débil, una queja larga, muy larga, que, justamente por no ser fuerte, era más penetrante. Escuchó un rato, y, atemorizada al fin por la verdad de sus observaciones, se puso en pie de un salto, echóse encima enaguas y saco, y con agilidad increíble en sus piernas quebrantadas, hubo de plantarse en mitad del comedor.

A punto estuvo de lanzar un grito; mas, el espectáculo que á sus ojos se ofrecía, desgarrador, tristísimo en su descarnada realidad, movióla al fin á reprimirlo. Muda, silenciosa, con el asombro en el rostro, miró: allí, á sus pies, hallábase Antoñita, sentada

en el rincón. Una de sus piernas, más blanca que la camisa transparente que la cubría, extendíase sobre el suelo, crispada. Los cabellos rubios, desmechados, caían sobre la cara y los hombros, ocultándolos. Convulsivo temblor sacudía el cuerpecito débil, casi anémico. Por la puerta abierta, se colaba frío viento.

—¡Ave María Purísima!

La cocinera se acercó. Cogió entre sus manos la cabecita inclinada, y las lágrimas saltaron de sus ojos al verla. Lívida, la cara de Antoñita aparecía enflaquecida, con un gesto doloroso de sufrimiento; en las entreabiertas pupilas, nada se reflejaba: dijérase que el profundo azul que las embellecía, se había tornado insensible á la emoción; de los labios azulados y lévemente contraídos hacia las cisuras, escapábase aquel interminable lamento que escuchó Estéfana con azoro. La palpó: sus mejillas ardían. Eutonces, en el colmo de la soñ presa, corrió á la cocina, volviendo en seguida con las groseras telas de su cama, y la arropó.

De rodillas junto á ella, repetía acongojada:

—Alma mía, ¿qué tienes? Niña, mi buena niña, respóndeme, ¿qué tienes? Chi-

quita, óyeme... ¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Y era su acento el de la sietva herida en lo más caro, en lo más amado. Sus ruegos afectuosos brotaban entrecortados, en el silencio de la mañana ebría de luz. Allá, lejos, alentaba el bullicio del patio, del caserón despierto, ignorante del drama que se desarrollara en sus entrañas mismas. La risa matinal, ruidosa, insinuante, se elevaba afuera, bajo el cielo opalino, haciendo eco en los oídos de la vieja, que en vano pretendió acallar el lamento de la muchacha, depositando sobre el rostro calenturiento el beso desinteresado, amante, de sus labios rugosos. Enloquecida, idiotizada, no acertó á tomar una determinación. Nada pensaba ni prevía. Tan sólo se daba cuenta de que el sér en quien había concentrado la ternura que le restase al fin de su vida de soledad y de trabajo, aquella niña pura y buena que en sus brazos tenía, estaba en peligro, amenazada quizás por la muerte. Y con instintivo impulso cubría de caricias á la moza, en apasionada protesta de amor, soñando acaso que el espectro negro que vislumbraba más allá de la pálida carita, huiría aterrado al ver tanta dulzura y tantas lágrimas.

Doña Pepa llegó momentos más tarde, llamada por la cocinera. Grande fué su desconcierto al mirar á su hija casi exánime. Por mera casualidad, aquella mañana no se había marchado á la Santa Veracruz á misa de siete. Lloró, gimoteó ruidosamente, con desenfreno de beata, con arranques de mujer en la que el misticismo dominaba á la maternidad. Después de haber transportado á la enferma á la recámara, ocurriósele, antes que ir en busca del médico, encender una lamparilla á Santa Teresa, de quien era ferviente devota.

Subida en una silla ocupábase de labor tan importante, cuando Estéfana se detuvo en la puerta de la habitación. Estaba pálida, con el espanto pintado en el rostro.

—Señora...

—¿Qué hay, Estéfana?

—Señora... La niña Lena...

—Déjela usted, déjela, que no estamos para chismes. ¡Ay, Dios mío! Qué desgracia, qué desgracia más grande... Pero María Santísima la salvará; Santa Teresa, que me ha sacado de trances horribles, no me negará ahora su sagrada intercesión.

Hablaba sin detenerse, con los ojos mojos aún por el llanto, mientras que encendía

la lamparilla de aceite. Al fin, cuando la llama azulada, tenue, iluminó el cuadro de la imagen, doña Pepa, algo tranquila ya, volvióse hacia la criada. Iba á decir algo, sin duda; pero se reprimió, al reparar en la turbación de ésta. Interrogóla con un gesto.

—Señora, . . . la niña Leona . . . no ha vuelto . . .

El asombro, la indecible sorpresa de la pobre mujer no tuvo entonces límites. Corrió á la pieza contigua, enmudeciendo, alelada, ante la cama vacía, intacta de la chiquilla. Quiso gritar, preguntar, huír con el propósito de informarse. Mas, al cabo de un instante, presa del dolor, de un dolor callado, silencioso, dejóse caer sobre el lecho, estallando en llanto. Se estremecía su cuerpo minúsculo al paso de las lágrimas, y Estéfana, de pie á su lado, la miraba sin despegar los labios, cuando escucharon las quejas de la enferma, que redoblaban después de un momento de tranquilidad. No se movió doña Pepa de su sitio. Los encontrados pensamientos que bullían en su cerebro, impulsándola á rasgar el velo de misterio que cubría la súbita desaparición de la pequeña, impedíanselo. Como en muchas madres,

predominaba en doña Pepa cierta no confesada predilección por la hija menor, por aquella Lena que, careciendo de las nunca premiadas virtudes de la primogénita, poseía, en cambio, las zalamerías y mimos siempre gratos á los temperamentos simples. No lograba la buena señora atar el hilo de los sucesos que se desarrollaran la noche anterior; confundíase en una maraña de suposiciones á cual más errónea é ilógica. Y sorda á los lamentos de su hija, levantóse de pronto, deseosa de echarse á la calle para curar su fiebre de indecisión. Estéfana hubo de impedírselo, sujetándola por los brazos.

—Señora, la niña se muere . . . Oiga usted: delira . . .

Tornaron al lecho de la costurera. Con la cabeza hundida en las almohadas, los enflaquecidos brazos en alto, Antofñita murmuraba frases muy vagas, casi ininteligibles. Su semblante pálido tenía un gesto de dolor y de extravío; sobre su frente, los rizos caían, adhiriéndose á la piel, á causa del sudor.— Las dos mujeres la miraban fijamente, turbadas por la catástrofe hasta entonces inexplicable. La luz, tamizándose con suavidad á través de los visillos, bañaba de lleno á la moza. De pronto, ésta se incorporó, presa

de loco espanto, llevándose las manos al rostro, como si la escasa lucidez que la restaba, se debatiera contra el delirio presente.

—Lena... Lena...—dijo, y extendió los brazos, como si buscara algo; después, suspiró, quedando inmóvil.

Doña Pepa titubeó entonces: Estéfana escapó á casa del médico. En el patio, su aparición fué saludada con cuchicheos, sonrisas, miradas de ironía. La maritornes, remangidas, charlaban reclinándose con laxitud en el brocal de la fuente. Algunas, con la cesta al brazo, de vuelta de la panadería, entreteníanse en echar un palique con la portera, la cual, de pie en el umbral de su obscuro cuarto gesticulaba, accionando, como si se ocupase de interesantísimo asunto. En su puerta, don Hilario Gómez, en mangas de camisa y zapatillas, prestaba atento oído á los dichos de Petra, su descarada criadita, la cual, en unión de otras compañeras, reía, al propio tiempo que confesaba algo sin duda muy picante, porque sus pupilas vivarachas centelleaban. Doña Manuela iba y venía, arrastrando su eterna falda negra. Y era su continente altivo: una mueca de orgullo iluminaba su amarillenta faz, desde los ojillos penetrantes de malicia hasta la boca desden-

tada. Triunfaba. Las mujeres la seguían, consultándola, procurando arrancarle una palabra, ávidas de saberlo todo. Ella, que en cuestiones de semejante índole no era lerda, no se prodigaba, contentándose con decir palabras vagas, intercalando anécdotas de su vida y consejos morales y sanos, segura de que al soltar la última frase produciría efecto. Los panes y regalitos caían como llovidos del cielo; aturdíala las invitaciones de sus vecinos; quién la instaba á entrar en el modesto comedor á desayunarse; quién la prometía un chocolate delicioso.—No le haría daño, ¿verdad? Y luego, que se lo ofrecían con el corazón en la mano... Las personas como ella, serviciales y buenas, eran dignas del aprecio de la gente honrada.

Compitieron todos en el floreo. La vieja se regodeaba, revolcándose en la servil adulación. Hombres y mujeres la halagaban con palabras de mimo, zalameras y du'zonas.—Sí, no cabía duda, para las señoras decentes como doña Manuela, no se hizo aquel estercolero en donde la lujuria y la depravación tenían su asiento. Coloradotes, grotescos en su indignación, repetían que estaban hartos de miserias.—¡Señor, aquello no podía tolerarse un día más! No había muchacho de

quince abri'es, de cristiana educación y familia ejemplar, que no se lanzara por las torcidas sendas del vicio.—Todos se mostraban acordes en ese punto: el propio don Hilario, cuya calva ignominiosa relucía al sol, aprobaba con movimientos de cabeza.

Cuando Estéfana apareció en lo alto del descansillo, las chismosas enmudecieron un instante.—Pero su actitud curiosa no desconcertó por cierto á la anciana, que ya se alejaba con rápido paso hacia el exterior, cuando fué detenida por la ropavajera.

¿A dónde iba su querida Estéfana? ¿Había algo malo por casa? La cerraba el paso, la acariciaba dándole palmaditas en el hombro, sin permitirle hablar, cerrando su boca á fuerza de palabras de subidísimo y entrañable afecto —¡Ayl, bien sabía ella que las Fernández sufrieron un terrible golpe. Las compadecía en el alma, deseándolas pronta resignación.

Estéfana, que pugnó por marcharse, detúvose de pronto, inmóvil al oír las frases de doña Manuela. El misterio estaba allí, á su lado, ofreciéndose, inciéndola á que lo rasgase.

—¿Sabe usted algo?

—¡Que si *é*!

—¡Cómo!

—Es el platillo del día. Buenos comentarios se han hecho ya. La cosa no era para menos, mi buena amiga. Una chica que se piede, así, á los ojos del mundo entero...

Y al observar la mirada febril, impaciente; el asombro, el temblor de la voz de Estéfana, no pudo reprimirse y estalló.—Sí, les había visto. Primero en una pastelería de mucho lujo y decencia, comiendo como dos recién casados; después, allí en la escalera, pisando quedo. Les siguió en la obscuridad, con mirada interrogadora, presintiendo algo. Pasó largo rato, y cuando volvía á su cuchitril, hubo de escuchar precipitada carrera, pasos que resonaban en los peldaños, acercándose. Un hombre dibujó su silueta en lo alto, y desapareció huyendo en la negrura del patio. Imposible la fué conocerle; mas en breve hubo alguien que le dijera el nombre de aquella misteriosa y furtiva sombra. Lena, descompuesta, ajada, balbuciente, bajó á poco, y se detuvo á su lado, abrazándose á ella como á un salvador. «¡Sálveme usted!»—decía con angustia.

¡La pobre niña! Su estado tristísimo, su terror, sus ruegos, inspiraban compasión á la más dura de las almas. Se lo confesó todo,

la deshonra, la sorpresa, la huida. Obedecía á la ingenuidad egoísta que en el ánimo producen las grandes conmociones. Sollozaba implorando abrigo. No quería volver á su hogar; rechazaba toda súplica que á ello la moviese, poseída del miedo, de la vergüenza, del orgullo quizás, porque al pronunciar el malhadado nombre de Eugenio Linares, se estremecía echándole en cara sus defectos, su pobreza, su infamia. Había caído sin saberlo, sin desearlo, en brazos de aquel cochino empleadillo. ¡Y su deshonra no tenía remedio, no! Ella misma lo decía al oído de doña Manuela, interrumpiéndose al escuchar el soplo leve del viento; rogándola, casi de rodillas, que la diera albergue, durante la noche, en el tabuco atestado de vajilla y de ropas.

Pero la vieja se negó, asustada. Lo sentía de todo corazón; mas no quería ser víctima de habladurías y hasta responsable de semejante desgracia á los ojos del caserón entero. Y Lena se fué, sin pronunciar palabra. Ella la vió desaparecer con presura en el anchuroso patio, envuelto en tinieblas, conmovido por el gotear de la fuente y el susurro de las matas. El ruido del aldabón y el gemir de la enorme puerta al abrirse, resonaron en la

calma nocturna, llegando á sus oídos, produciéndola infinita pena.

Sí, experimentó una pena horrible, un hondo desconsuelo. Lo repetía á Estéfana, que la escuchó perpleja, con los ojos bajos, como si su honradez de sirvienta cortada á la antigua sufriera con el desprestigio de sus amos. ¡María Santísima, qué cosas se veían en el mundo!

En la vivienda antaño alegrada por el canturreo de la máquina de coser y los píos de los canarios, y aquel día mustia, inmensamente dolorida y triste, lo supieron todo. Doña Pepa gimoteó; el P. Morales, llamado al instante, vociferó contra la corrupción de los tiempos, sin dar otro consejo que el de la resignación y el amor á Dios. Estaba huraño, descontento á causa de lo que él llamaba la tacañez de doña Pepa; pues la devota señora debía algunas mensualidades á la *Asociación de las Madres Católicas*. Displicente, con la panza en alto, negóse á contribuir con su ayuda á que Lena volviese. Y al observar las quejas doloridas de la madre, que lloraba á la chiquilla como se llora á un muerto, se puso en pie, solemne; miró en torno con el entrecejo fruncido, cual si buscase al espíritu del mal, gigan-

tesco, invencible; y murmuró, con voz ronca:

—He ahí los resultados. El descreimiento, la indiferencia, el odio á la religión, traen consigo esas desgracias.

Doña Pepa gimió, clavando en él sus ojos brillantados por las lágrimas.

—Padre: es que yo . . .

—Nada, nada de disculpas, señora mía. Amad á Dios, temedle, y no contemplemos tan sueñas escenas. ¡Ay, qué sería del mundo sin nosotros!

Cogió el sombrero, presentó su mano á la vieja para que la besara, y salió, tosiendo, en tanto que su capa le envolvía, agitada por el aire, semejante á las sombrías alas de un cuervo. Doña Pepa le vió ir, muda, anonadada.

Un gemido de su hija enferma se esparció en el ambiente tibio de la sala. Y no la asaltó ninguna duda, no discutió las frases del sacerdote, creyendo en la verdad de ellas como creía en Cristo. — ¡Sí, Lena se había perdido á causa del indiferentismo de ella, de su mezquindad para contribuir al alivio de las necesidades del templo; sí, la enfermedad de Antoñita, su muerte quizás próxima, no tenían otra explicación que la im-

piedad de ella, su poco fervor, su todavía escasa adoración por Dios!

El cielo extendíase más allá de la ventana, manchado por blancas nubecillas; el céfiro estremecía las hojas de los alhelfes y de los claveles. Doña Pepa suspiró; erraron sus ojos por la estancia, buscando una imagen; y al no hallarla, fijáronse en el girón azul, tan distante, ante el cual se arrodilló, musitando una oración, abstraída, entregada á El, alimentando la esperanza terca, obstinada, de aliviar sus desdichas presentes con el fervor de sus rezos. Sorda á las lamentaciones de la enferma, se abatía encorvada, ensoñando en alas de su histérico misticismo.

Cuando alzó los ojos, el médico estaba ante ella. Era un viejo de barba entrecana, ancha frente, ojillos penetrantes que brillaban bajo la espesura de las cejas, y ademanes desenfadados. Sonrió al ver la actitud de doña Pepa, afirmando con voz velada, profunda, que la joven sufría una fiebre cuyo carácter no podía determinar al momento por los síntomas de tal suerte complejos que se ofrecían. Habló de complicaciones posibles: el corazón no funcionaba bien; el tinte de los labios no era normal. Interrogó á

la santa señora sobre los ascendientes de la familia, haciendo gestos vagos á cada respuesta. Y al fin, satisfecho ya de sus observaciones, fuese, prometiendo volver al día siguiente, y ordenando que los medicamentos prescritos en la receta que dejaba, se administrasen regularmente.

Estéfana le acompañó hasta la escalera, intentando en vano saber algo. Anhelaba vislumbrar el estado real de la niña, perdida como estaba en los técnicos vocablos del galeno, en su fisonomía impenetrable y en su dudosa afabilidad. Pero el anciano doctor permaneció mudo á sus preguntas, alejándose con paso lento peldaños abajo, mientras que la veterana maritornes, indecisa, desconfiada, triste por su ignorancia, volvía á la sala.

¡Qué desconsoladores y largos fueron los días que á aquel siguieron; qué largas y monótonas las noches transcurridas junto á la cama de Antofñita! Pasó septiembre, el mes maldito; el viento otoñal, frío, cortante, azotó los cristales de la ventana; la palidez del cielo entrevista allá, muy lejos, tornó más angustiosas las horas. Al amanecer tardío, sucedíanse el mediodía del sol amarillento y el crepúsculo vago, impregnado de abruma-

doia tristeza. Doña Pepa y Estéfana instalarónse en el cuarto de la enferma. Apenas si la cocinera atendía á las cotidianas labores, yendo al mercado con presura; dando escobazos á diestra y siniestra, como si la importara un comino que el polvo se ensañorease de la casa entera; respondiendo con monoslabos á las interrogaciones y chismorreos del patio; sin hablar nunca, silenciosa, deslizándose por las habitaciones como si su espíritu y su cuerpo esclavos fuesen de la amita cuya existencia estaba en peligro. ¡Y cosa rara! Doña Pepa dejó de ir á misa, de atracarse de sermones, y de atender á las exigencias de la benemérita Asociación á la cual pertenecía. Quedóse en casa leyendo libros devotos, allí mismo, junto al lecho donde su hija dejaba adivinar los enflaquecidos miembros, ocupando el sitio que ocupar pudiese un niño. Rezaba, musitando con murmullo semejante al de las abejas; repasando las cuentas negras del rosario, con mirada opaca, desvauecida, cual si su pensamiento tendiese el vuelo á misteriosas regiones.

Ama y criada dejaban correr los instantes, en aquel lecho doloroso de la muerte, clavando á intervalos los ojos en la joven, como si quisieran adivinar en el semblante de-

macrado las huellas precursoras del momento terrible. Pero la parca no venía. Dijérase que la inspiraba compasión aquella carita lívida, de pómulos salientes; aquellos ojos, antaño de una expresión tan tierna, animados por chispa fugaz que prestaba débil fulgor al azul de las pupilas; aquellos rizos encrespados que resaltaban de la blancura de las sábanas como mechones de oro; aquellas manecitas, en otro tiempo laboriosas y fuertes, y ahora descarnadas, transparentes. Suspiraba Estéfana al mirarla. ¡Ay, Dios Santo, qué infames eran la fiebre y el tiempo, que cambiaran de tal suerte á su niña!

El médico venía todas las mañanas, á las diez. Se inclinaba sobre el lecho, con dulce sonrisa que hacía amable su recia barba; observaba la respiración, anhelosa á ratos, en ocasiones débil; auscultaba poniendo su oreja sobre el pecho virginal, escuchando los latidos del corazón; luego, tomaba el pulso. . . . A excepción del primer día, su rostro jamás dejó adivinar las emociones. Seco, impenetrable, escribía hoja tras hoja en el *carnet*, dictando órdenes, cual enemigo valeroso de la tumba. No dió esperanzas ni deshaució. Y las dos mujeres, acostumbradas á su reserva y discreción, no volvieron á

importunarle con preguntas ni mal contenidos deseos de saber. Al cabo, una mañana Antofita abrió los ojos más sosogada que de ordinario, y pronunció algunas palabras. Doña Pepa y Estéfana se regocijaron, experimentando intensa alegría, por la convicción de que la moza estaba curada.

¡Cómo no jurarlo, si su aspecto acusaba salud! Sus ojos no tenían aquel desmayado fulgor de semanas atrás: parecían más tranquilos, bañados en la mirada serena, en la dulzura inefable que posee á los convalecientes.

El viejo doctor sonrió también al entrar, dando de mano á la habitual austeridad. Mas su sonrisa no era de pasivas ni cosa que se le parezca. Alarmada la cocinera, que nunca dejó de ser ducha en achaques fisonómicos, miróle con ansiedad.

—¿No está curada, señor?

Don Buenaventura López movió la cabeza.

—No es tan fácil como se cree, buena mujer. . . .

Entonces doña Pepa, en cuyo corazón la alegría de poco antes fuera substituída por extrema congoja, terció en el palique de la sirvienta. El médico hubo de confesar que